

manos que ayudan en el altar, y que nos causarían vergüenza si se empleasen en nuestra mesa; el apresuramiento que se busca en los instantes en que el Señor es inmolado, y todas esas irreverencias en que tú también has tenido tantas veces mucha parte. ¡Perdón, Jesús mío, perdón! Ojalá y de hoy en adelante no quiera dejar ni un día de mi vida sin asistir á los santos misterios; no quiera volver á quejarme ingratamente de la duración de tu visita; no quiero desedificar con mi indevoción á mis hermanos, y traspasarte con mis irreverencias el Corazón. Sólo quiero que me enseñes á meditar las santas ceremonias de la Iglesia, á avivar mi fe durante la celebración del Sacrificio, y á estar en él con el respeto, ternura y amor con que estuviera mirando tu crucifixión y tu muerte. Dame, Dios mío, tu gracia, para cumplirlo como debo. Amén.



## VISITA IX

**Jesucristo en el sagrario.—Agradecimiento segundo.**

No fué bastante á tu amor y á tu bondad ¡oh amado Jesús mío! el sacrificarte todos los días tantas veces sobre nuestros altares, y repetir hasta el fin de los siglos la tierna escena del Calvario, sino que quieres quedarte después del sacrificio, depositado en el sagrario, encerrado bajo nuestra llave, reducido á un espacio estrechísimo, cautivo voluntario y perpetuo de tus hijos, y sumiso á su voluntad y á sus órdenes, como el siervo más obediente á los mandatos de su amo. Aquí te dejaré abandona-

do la falta de nuestro amor, y la tibieza de nuestra fe durante el día; cerrados los templos durante la noche, quedarás en entera soledad; la herejía vendrá aquí á buscarte para cometer con tu Persona los más sacrilegos atentados; finalmente, la hipocresía, la ignorancia y la malicia de los mismos cristianos que te adoran, abusará de mil maneras de tan santos Misterios; pero nada de ello bastará á entibiar tu amor ni á apartarte de nosotros; porque tus delicias son estar con los hijos de los hombres, y tú mismo con tu boca les hiciste esta consoladora promesa: «he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación de los siglos.» Pasarás por la indiferencia de los tibios, por el alejamiento de los pecadores, por los furios de los herejes, por las infamias de los adoradores del demonio, y por todos los atentados de los perversos cristianos; pero acompañarás á tus hijos conti-

nuamente, vivirás en sus ciudades; morarás entre sus casas, y merecerás los dos nombres de Dios escondido, y de Dios con nosotros, que te dan las sagradas Escrituras. ¡Bendito sea, Señor, tanto amor y tanta dignación! ¡Bendita sea esta perpetua caridad con que nos has amado, y compadecido de nosotros nos has aquí atraído! Yo la agradezco con todo mi corazón y con toda mi alma. Quisiera recoger todos los sentimientos, todas las palabras y todas las muestras de agradecimiento que he desperdiciado en las criaturas, para emplearlas todas en agradecerte ¡oh Dios mío! el beneficio de tu permanencia continua en medio de nosotros. ¡Venid, hombres ingratos, venid á meditar estos favores, y quedaréis espantados de vuestra insensibilidad y dureza! ¡Venid, almas agradecidas y amantes, venid y agradeced conmigo y por mí la misericordia de un Dios que se hace cautivo por nosotros! ¡Y ya que la tierra

se encuentra tan olvidada, y que la caridad de muchos se ha enfriado, conforme al anuncio del Evangelio, bajad ahora del cielo, almas santas que habéis amado tanto á Jesús en el Sacramento; dejad allá á los ángeles que le alaben, y venid á adorarle en nuestros altares, porque los pobres cristianos de este siglo tenemos la fe dormida y helado el corazón! ¡Teresa de Jesús, Francisco de Jerónimo, Luis Gonzaga, Margarita María, Alfonso de Ligorio, levantáos de vuestros sepulcros venerados, apareced de nuevo entre nosotros, y venid á enseñar á nuestras generaciones indolentes cómo se ama á la Santa Eucaristía, y cómo se agradece la compañía de Jesucristo! ¡Y yo, Señor, yo, miserable, el más tibio de todos tus hijos, detesto el olvido, la indiferencia y los delitos con que el mundo y yo pagamos tus finezas: quiero ser más constante en visitarte, más devoto en los felices instantes en que vengo á es-

tar contigo, más atento á meditar tus maravillosas obras, y más sensible en agradecerlas y en corresponderte! ¡Yo te amo, divino Jesús mío, yo te amo con todo mi corazón! Amén.





## VISITA X

### **Jesucristo en la custodia.—Agradecimiento tercero.**

Bien sabías tú, divino Jesús mío, que necesitan ser movidos con objetos visibles y exteriores nuestros sentidos, á fin de mover nuestro espíritu y despertar nuestros afectos, á causa de la dependencia del cuerpo que tienen nuestras almas. Y ya que no era conveniente manifestarte á nuestros ojos, en tu propia y natural figura, ni dejarnos ver la belleza inmortal de tu rostro glorificado, por ser esto propio de la visión de la gloria, quisiste, al menos, mostrarte á nosotros visiblemente, aunque debajo de ajenos accidentes, y dejarte en alguna ma-

nera palpar por nuestros sentidos. Porque no solamente te nos muestras en la elevación, á la mitad del Sacrificio, y cuando sales de tu retrete misterioso á comunicarte con las almas, sino que también te agradas de aparecer algunos días en la custodia, dejándonos ver los cándidos accidentes que allí te ocultan, y ofreciéndonos una pública audiencia, para que vayamos con plena confianza á decirte nuestros trabajos, presentarte nuestras necesidades, y á solicitar el remedio de todos nuestros males. ¡Alabado y glorificado seas, Señor, por esta nueva invención de tu amor, y por este beneficio especial con que quieres avivar nuestro celo y despertar nuestra tibieza!

¡Gracias infinitas te sean dadas, porque así quieres exponerte tantas veces y estar patente á nuestros ojos en ese Sacramento! Mas ¡oh Dios mío! Yo miro, con mi corazón hecho pedazos, que esos días de audiencia públi-

ca para nosotros, son días de públicos ultrajes para ti: que venimos á tus templos con las mismas vanidades, con las mismas inmodestias, y quizá aún con las mismas disposiciones que á las concurrencias profanas: que sólo te visitamos en las horas del mayor concurso, como traídos más por una honesta costumbre que por estimación verdadera, dejándote abandonado cuando la soledad y el silencio del templo harían más estimada para ti, y más fructuosa para nosotros, la visita: rezamos en tu presencia con triste precipitación unas preces en que la confusión y celeridad de las palabras están mostrando que el corazón no toma en ellas parte alguna; revelamos á todos, con la inquietud de nuestras miradas, la de nuestros sentimientos, y con la movilidad de nuestro cuerpo, la indevoción y tibieza de nuestro espíritu, y no sabemos ¡oh Rey de amor! hablarte con el corazón ni una palabra, ni aprovechar

uno solo de esos rayos encendidos de amor que vibras desde en medio de tu trono, y que son figurados por los rayos de oro encendido que te rodean en la custodia. Perdona, Jesús mío, tantas indignidades; enséñanos á aprovechar tantos favores, y ya que en nuestros días te has dignado santificar también el tiempo de la noche, estando expuesto durante ella, para reanimar con este favor, antes no acostumbrado, nuestro celo, haz que agradezca como debo esta última fineza; que sea constante en mis obsequios, sin dejarme arrastrar del olvido ó la pereza; y que, siendo uno de tus fervorosos adoradores en la tierra, merezca verte cara á cara y alabarte para siempre en el templo de tu gloria. Amén.





## VISITA XI

### Jesucristo en el Viático.—Agradecimiento cuarto.

¡Oh y cuánto gozo, cuánta devoción y ternura debiera yo sentir, amado Jesús mío, al encontrarte á cada paso en nuestras calles, en nuestras plazas, y aun á la puerta de las más pobres chozas, honrando todos nuestros lugares, bendiciéndolo y ennoblecéndolo todo con tu visita, santificándolo todo con tu presencia! Mas tal vez la pereza me impide adorarte de rodillas, y los humanos respetos, y la más ingrata cobardía, me hacen omitir todos aquellos signos de adoración y de reverencia que debiera entonces tributarte. Gracias

sin fin te doy, Jesús piadosísimo, porque á pesar de tanta ingratitud, no cesas de visitar ningún día á tus hijos enfermos que no pueden ya visitarte por sí mismos: ¡que los ángeles, que á millares te acompañan en el camino, compensen la tibieza de los hombres, y suplan, con sus cantares celestiales, el culto que la tierra te quita y el cristiano te niega! La esposa de los cánticos se quejaba amargamente de que por salir á buscarte por las calles y por las plazas, fué encontrada en el camino por los guardias de la ciudad, quienes, llenos de ira, la maltrataron y la hirieron, y aun la despojaron inicuaamente de su manto. ¿Y no sucede ahora en el mundo lo contrario, oh Amor mío sacramentado? ¿No eres ahora tú el que sales cada día, por las calles y plazas de nuestras ciudades, á buscar á las almas que tanto amas, y á quien te han salido al encuentro los guardianes de la ciudad, maltratán-

dote con inicuas disposiciones, hiriéndote en lo más vivo de tu culto público, y despojándote de las santas vestiduras en persona de los ministros que te llevan? ¡Oh, Señor, y qué injusta correspondencia! Pero nada basta á entibiar tu caridad; y preferirás salir ocultamente como un criminal, y carecer del debido aparato, con tal de no dejar de visitarnos en nuestras enfermedades; recibirás al pasar los insultos de los impíos, la indiferencia de los mundanos, y el desprecio de muchos falsos cristianos; entrarás en las chozas más inmundas y miserables, donde no habrá ni las luces que atestigüen la fe de los que allí te reciben; volverás al sagrario, sólo y abandonado, para volverte á ocultar en sus secretas tinieblas; pero el deseo de tu amante Corazón se habrá cumplido, y tus siervos no morirán sin haber sido consolados y confortados con tu última visita. ¡Bendito seas ¡oh adorable Salvador mío!

por tan inexplicable caridad y misericordia: alábente nuestras almas, celebren nuestras lenguas tus favores, y llénense por ellos de amor y gratitud nuestros corazones; y en cuanto á mí, yo te suplico humildemente que, aunque indigno, te sirvas visitarme en la postrera enfermedad, para que dándome entonces con el divino Pan la última bendición, pase confiado á encontrar como Juez al que me acaba de visitar como Padre y como Amigo. Amén.





## VISITA XII

### **Jesucristo en la Comunión. Agradecimiento quinto.**

El mayor beneficio de tu amor para con nosotros es, Jesús mío, el haberte querido quedar en la tierra bajo la forma del más común de los alimentos del hombre, para que el hombre te reciba y te coma, y su espíritu se alimente contigo, como su cuerpo con el pan material que le sustenta. Este prodigio consideraba maravillado el Profeta David cuando decía: «hizo Dios un memorial de todas sus maravillas, como misericordioso que es y compasivo; dió un manjar á los que le temen.» Porque aquí, Señor, repites en cierto modo las maravillas de la creación, con la

conversión admirable del pan en tu cuerpo, y del vino en tu sangre; repites las maravillas del pueblo de Israel, haciéndonos gustar del verdadero maná del cielo; iluminándonos con la luz de tus ejemplos, y guareciéndonos debajo de la sombra de tu protección: alimentándonos durante nuestra peregrinación por el desierto de este mundo, hasta que entremos en la verdadera tierra de promisión; repites las maravillas de tu vida y de tu muerte, enseñándonos las mismas virtudes, renovando los mismos misterios, y haciendo en nuestro favor los mismos milagros. Aquí empleaste tu poder, suspendiendo las leyes de la naturaleza en separar los accidentes de sus sustancias; aquí tuviste necesidad de toda tu sabiduría, para encontrar el modo de alimentarnos con tu propia carne; aquí hiciste alarde de tu infinita bondad, en darte todo á nosotros, y nos mostraste la inmensidad de tu amor en querer



unirte con modo tan estrecho con tus pobres criaturas. ¡Oh mi Dios! ¿Será posible en verdad que yo puedo estrecharte en mi seno, que yo puedo meterte en mi pecho, que puedo abrirte la puerta de mis labios, é introducirte por mi boca hasta lo más secreto de mis entrañas y de mi alma? ¿Será verdad que yo puedo hacerme dueño de ese precioso tesoro, y que puedo encerrar dentro de mí al mismo cielo? Sí, Jesús mío: verdad es, porque tú así lo has dicho, y con tan claras y terminantes palabras, que dudarle sería una locura. ¿Y quién podrá agradecer bastante este último exceso de amor tuyo? ¿En qué parte del cielo ó de la tierra encontraremos una inteligencia capaz de agradecerlo dignamente? ¡Oh comunión divina, y dulce comunión! Tú eres la iniciación del cielo en medio de la tierra; tú eres la prenda sagrada de la futura gloria; tú eres en esta vida el único consuelo de los justos; tú eres

el misterioso banquete con que fué festejado á su vuelta el hijo pródigo, y que causaba envidia al hijo mayor, que son los ángeles; tú eres el pan de los fuertes, el vino de las vírgenes, el trigo de los escogidos, el maná de los peregrinos, la fortaleza de los mártires, la delicia de las almas santas, y el vínculo y trabazón de toda la Iglesia. De ti salen las llamas de amor de Dios que inflaman los corazones; de ti, y sólo de ti sale la tierna caridad que se derrama en obras de misericordia para ayudar á nuestros prójimos; de ti la humildad que atrae todas las bendiciones de Dios sobre la tierra; de ti la santa castidad, la cándida pureza, que trueca en ángeles á los hombres, y en otros tantos paraísos las comunidades religiosas. ¡Oh santa comunión! ¡Tú seas mi consuelo, mi esperanza, mi deleite, mi sustento, y toda mi felicidad aquí en la tierra! Y tú, Señor mío, que en ella amante vienes á mi pecho, reci-

be ahora juntas todas las alabanzas que se han dado en el cielo y en la tierra á este Misterio; recibe, en acción de gracias, todo el amor que El ha encendido en las almas; todos los afectos piadosos que ha excitado en los corazones; todos los discursos que ha desarrollado en los entendimientos; todas las lágrimas de ternura que ha hecho llorar á los ojos de sus devotos, y todos los deseos que ha hecho brotar en nuestros pechos. Recibe también, Señor, todos los actos de honor y de reparación que se han hecho en el mundo en desagravio de los ultrajes que en él has recibido; y porque todo esto es aún insuficiente, te ofrezco la acción de gracias que tú mismo diste á tu Eterno Padre al ir á establecer este Sacramento, y el dolor que sentiste con el primero de los sacrilegios. Recibe esto, Jesús mío, y con esto recibe mi corazón, mi entendimiento, mi vida y todo mi ser. ¡Dichoso yo si pudiera unirme á ti,

como tú en este Misterio de amor te unes conmigo! ¡Dichoso yo si favorecido en la tierra con la participación de tu cuerpo eucarístico, puedo adorarle un día sin velo, y alabarle sin término en la patria celestial! Amén.





### VISITA XIII

**Jesús con nosotros en todos los lugares.—  
Agradecimiento sexto.**

No podría ser, adorado Redentor mío, que tu cuerpo y sangre sacratísimos gozasen de la misma inmensidad divina, estando presentes en todos los espacios del universo; pero siendo tu amor á los hombres inmenso é infinito, quisiste dar á tu divino Sacramento una especie de inmensidad terrena que le hiciese encontrarse en todos los lugares donde el hombre mora y te confiesa. Mas ¿cómo tu divino Cuerpo, siendo único, podría encontrarse á la vez el mismo y todo entero en tanta variedad y diferencia de lugares? ¡Ah, Señor! Como para

el amor nada hay imposible, tú dobles con tu omnipotencia las leyes de la naturaleza, y realizas el prodigio asombroso de multiplicar tu presencia, y de bajar á la voz del sacerdote, y colocarte en los altares, y encerrarte en el tabernáculo, para estar adonde están los hombres, y morar donde ellos moran, y habitar en donde ellos habitan. En las grandes y populosas ciudades, en las grandiosas catedrales y en las suntuosas basílicas habitas; pero no te desdeñas de morar también en las villas y en los pueblos, y de tener tu asiento en las iglesias más humildes, y en los más deteriorados altares, y en los más toscos sagrarios donde nuestra ingratitude te coloca, con tal de mostrarnos con los hechos que tus delicias son estar con los hijos de los hombres. Donde quiera que haya un grupo de fieles, y una mano sacerdotal que te consagre, tú bajarás al mandato de su voz, y te ofrecerás en sacrifi-

cio; y si hay cuatro paredes con modesta techumbre, y un arca, aunque estrecha, de madera, con llave, y un poco de óleo que arda ante el altar, allí quedarás con gusto en medio de tus hijos, y permanecerás expuesto, como en Belén, á las inclemencias de los tiempos; y como en tu predicación, á la incredulidad de los impíos; como en el Calvario, á los sacrilegios de los deicidas; pero nada será capaz de arrancarte del amoroso sacramento, y acompañarás á los hombres en ambos continentes, y en las islas escarpadas; entre las naciones civilizadas y en los bosques de los salvajes recién convertidos. Y multiplicarás á tal punto tu presencia, que á la voz de un millón de sacerdotes, por todo el universo diseminados, bajarás desde el cielo á un millón de lugares en la tierra, y multiplicarás tu presencia de un modo inaudito, y siendo uno, tu omnipotencia te hará poder estar todo entero á la vez en los cie-

los y todo entero en la tierra; y en la tierra, todo entero en todos los sitios donde eres sacrificado, y todo entero, glorioso, impasible, inmortal, en cada uno de los sagrarios donde el sacerdote te deposita, sin romper jamás las ataduras de tu cautividad voluntaria, aun cuando caigan sobre ti toda la furia de los herejes y toda la rabia del infierno ¡Jesús mío! ¡Señor mío! ¡Cuán grande y admirable es el amor que nos tienes, y que en este portentoso misterio nos muestras! ¡Y cuán incomprendible muestra, insensibilidad y dureza, pues no morimos de amor á tus pies, ni moramos de día y de noche en nuestros templos, ni venimos siquiera á visitarte cada día, y á reposar de las fatigas de la vida, y á endulzar las amarguras del destierro en los brazos de este amigo tan tierno, que baja cada día de su trono por acompañarnos en este valle de lágrimas! Felizmente hay siempre almas grandes y generosos corazones

que te vean agradecidos, y nunca faltan en el mundo, aunque tan pervertido, fieles fervorosos, que pasen, como San Francisco Javier, las noches enteras al pie del Sacramento, después de días fatigosos empleados en buscarte nuevos adoradores. En vano el infierno suscitó horribles tempestades que arrojen á las almas ardientes, que dejando el mundo se reúnen en torno del sagrario para ocuparse en amarte y alabarte; ellas te buscarán por todas partes, y la adoración continua, introducida en los santos asilos, responderá con alegría á los desafíos del averno. Mas ¡cuántos, Jesús mío, no te aman! ¡Cuántos viven hoy en el mundo ignorando el amor que les tienes, y sin contar jamás contigo, como si no estuvieras entre nosotros, ni en la tierra tuvieras tu morada! ¡Alumbra, Señor, á estos ciegos para que te vean; ablanda esos duros corazones para que te amen, y llama á esas po-

bres almas para que vengan á ti, su luz y su vida! En cuanto á mí, yo tendré mis delicias en visitarte y en estar contigo; y cuando los negocios me obliguen á transportarme á otros lugares, pensaré que tu amor previsor me ha antecedido, y procuraré, antes que todo, ir á verte, y á testificarle cuánto te amo, y á agradecerle el favor de estar en todos los lugares, para que en todos te halle, y en todos te ame, y en todos sea colmado de tus celestes bendiciones. ¡Dios mío, Jesús mío, que en todas partes sacramentado te hallas por mi amor! En todas partes te amo, en todas partes agradezco tus favores, en todas partes te adoro y te venero, hasta que ya no en variedad de lugares, sino en la unidad de tu gloria, te encuentre, sin celajes te mire, sin límites te goce, y sin cesar te adore eternamente. Amén.

